

EL HUMANISMO DE LA POBREZA

L. M.^a Farré S. I.

Al hombre abierto a los valores humanos y terrenos le cuesta desentrañar el valor humano de la pobreza.

¿Sabrá el hombre actual reconocer que la pobreza cristiana es un humanismo?

La pobreza no es virtud cristiana yuxtapuesta a la personalidad humana como capricho sobrenatural. La pobreza que Cristo vivió y predicó es una faceta esencial de su Verdad Total, sobrenatural y típicamente humana al mismo tiempo.

La riqueza, engaño existencial

Entiendo riqueza en su sentido peyorativo: posesión a la que existencialmente se aferra el "yo".

Riqueza material. El rico es la contradicción viviente. Oculta la desnudez interna con su dinero; quiere saciar su hambre existencial con cosas. Afirma su personalidad en lo que *tiene*: foso con el que pretende rechazar todo problema vital que intente asaltar su "fortaleza".

Y en su existencia solitaria, en su intimidad, —si llega a ser sincero consigo— descubre un corazón hambrien-

to, la inseguridad esencial del ser humano: ser lanzado al mundo y destinado a la muerte.

El corazón cosificado es incapaz de ver a Dios y esperar de El la verdadera salvación, la fortaleza. "La fortaleza del rico es su fortuna" (Prov. 10,15). Se aparta de la comunicación con los hombres, porque no puede amar: corazón en circuito cerrado con el dinero.

Riqueza afectiva. El hombre es esencialmente un ser hambriento, devorado por el hambre del amor. Constantemente sufre el espejismo de querer saciarse con un cariño humano. Ve otro corazón que le responde, se une a él, encontró la felicidad. Creo que la mayoría de las crisis matrimoniales tienen su fundamento en el desengaño del amor. Es un engaño pretender afirmarse en un amor humano, acapararlo, defenderlo celosamente, estrujarlo, como si fuera el único apoyo de la propia vida. Un sustitutivo más; en el fon-

do sigue siendo indigente y hambriento. Cuanto más autosugestionado más peligroso el choque con la realidad cruda y desnuda, que le hundirá en la desesperación.

Riqueza intelectual. La gran tentación del hombre es llegar a tener "sus" ideas. Un sistema propio, lógico y férreo en el que apoyarse en su postura frente a la vida, que garantice la solución de los problemas vitales en los que está inmerso.

Aparentemente parece menos consistente, y es la posesión a la que el hombre se agarra con más fuerza y pasión. En ella cree enraizar su existencia. Nuestras ideas son algo totalmente encarnado en nuestra personalidad. Abandonarlas, significa destruirnos.

Y es también un engaño: atrofiar la vida del espíritu, envolverse en su propio ovillo egoísta y solitario, aislándose de los demás, de la luz inaccesible, y seguir condenado a la propia indigencia incapaz de alimentarse sólo de ese seco pan intelectual. Es un huir al miedo de permanecer en un continuo riesgo, en una actitud continua de revisión; en el fondo actitud auténtica de pobreza, de humildad intelectual, actitud de sediento insaciable, siempre en busca de la fuente.

Creo que muchas crisis que tienen que sufrir los "maestros" y los "jefes" se deben a su riqueza intelectual. En otras épocas el pueblo era infantil: necesitaba jefes seguros de sí mismos, debía convencerse de que "el jefe nunca se equivoca"; el maestro debía ser infalible. Hoy en la mayoría de los ambientes hay ya una adultez humana, y

se exige una postura auténtica y sincera; se admite la obediencia a la enseñanza, porque se ve su necesidad, pero se desean jefes y maestros abiertos al diálogo en el que ponen a revisión sincera sus ideas, que no hayan cristalizado ya en un sistema personal; se exige una actitud de apertura a la luz, un buscar sincero, en colaboración, el verdadero camino.

El rico intelectual es el fósil sepultado en los estratos de la historia, que no tiene ya nada que decir, sino a los historiadores.

Riqueza espiritual. Es la que pretende afirmar su personalidad religiosa en una ley y en la observancia fiel a esta ley. Ella "nos empuja a la fijación de un reglamento preciso, de una 'ley' cuyo estricto cumplimiento nos garantice la seguridad de ser contados entre los hijos de Abraham, de tener nuestro lugar y nuestra parte en el festín del Reino de los cielos; una fórmula de vida cuya posesión nos dé derecho a no sentirnos 'como los demás hombres'. Con el manto de la 'ley' oculta el fariseo, el 'rico de espíritu' los abismos de su innata pobreza, la verdad de su ser, cuyas raíces se hunden en lo abierto e incontrolado del misterio" (1).

Dios condena la riqueza humana en todos los aspectos vistos: "dices 'soy rico y me he enriquecido y de nada tengo necesidad', y no sabes que tú eres el desventurado y el miserable, y pobre, y ciego, y desnudo". (Apoc. 3,17). Y por Jeremías maldice al hombre que pone su confianza en el hombre: "Maldito el hombre que confía en

(1) MERZ, Pobreza de espíritu, Selección de Teología 1965, pág. 149.

el hombre, y hace de la carne su auxilio" (Jer. 17,5). Hay que entender "carne" en sentido bíblico: todo aquello que es puramente humano y que prescinde de Dios.

El hombre, ser hambriento

"Hombre, a quien se brinda toda la creación.

Hombre, que eres un hijo del hombre, bebes y te alimentas siempre sólo para un escaso tiempo" (2)

Por mucho que piense el hombre, por muchos caminos que planea, llega siempre al mismo sitio: su destino. Se experimenta en el fondo de su ser, hambriento e impotente. Limitación aplastante; lucha, se esfuerza por conseguir algo, y es siempre muy poco lo que alcanza.

Ser inquieto, insatisfecho, anhelante; tenga lo que tenga, será siempre "hijo del hambre". Así lo crea Dios ahora. Destino que hay que aceptar; rebelarse contra él sólo conduce a la esquizofrenia y a la angustia. Tiene que aceptarse a sí mismo, con todas sus limitaciones, su indigencia, su pequeñez. Huir es forjarse una ilusión, que le estrellará otra vez contra la realidad.

Dios lo repite insistentemente en todo el Antiguo y Nuevo Testamento. Debilidad intelectual: "Los pensamientos de los mortales son tímidos, e inseguras nuestras provisiones, por cuanto el cuerpo corruptible deprime el alma y la morada terrestre apesga el espíritu pensativo... a duras penas ba-

rruntamos lo que está sobre la tierra, y lo que a mano está hallamos con trabajo; pues lo que está en los cielos ¿quién lo rastreará?" (Sab. 9,14). Debilidad moral: el pecado es el alimento cotidiano del hombre, y en la realidad sincera de sí mismo el hombre es pura carne; "malicia trama quien es carne y sangre... y los hombres todos son tierra y ceniza". (Eccles. 17,3)). "Todos los hombres proceden de la arcilla" (Eccles. 33,10), arcilla y barro son los constitutivos esenciales de todo hombre; "¿Qué es un hombre para que sea puro y el nacido de mujer para que sea justo? Si en sus santos no tiene confianza y los cielos no son puros a sus ojos, ¿cuánto menos un ser abominable y corrompido, un hombre que bebe la iniquidad como el agua?" (Job. 15,14). "¿De qué se envanecerá el que es polvo y ceniza, quien en su vida ya tiene los intestinos llenos de podredumbre?" (Eccles. 10,9). San Pablo enumera todo lo que produce el hombre abandonado a sí mismo, es decir, la carne: "son patentes las obras de la carne... fornicación, impureza, libertinaje, idolatría... enemistades, furros... envidias, homicidios, borracheras, comilonas y cosas semejantes a éstas". (Gal. 5,19-20). Y Juan insiste también en la separación radical entre carne y espíritu, y muestra su diferencia esencial: "lo que ha nacido de la carne es carne, lo que ha nacido del espíritu es espíritu" (Ju. 3,6), "el espíritu es el que vivifica, la carne no sirve de nada" (Ju. 6,63). El hombre, por sí mismo, es corruptible, impotente, como la carne: un ser indigente y miserable. Sólo invadido por la gracia, la fuerza de Dios, se hace espíritu vivificante.

(2) W. BERGENGRUEN, Unersättlich, en Die Heile Welt Munich 1950, pág. 129.

Con esa luz divina será fácil profundizar en nuestra experiencia humana frente a la enfermedad, frente a la culpa, al fracaso, y sobre todo ante la muerte, símbolo expresivo de nuestra contingencia, comprobamos la trágica verdad que Dios nos revela.

La muerte es la revelación patente de nuestra pobreza existencial. “En la muerte seremos todos enfrentados ante la gran pobreza de nuestro ser-hombre; en ella se consumará la obediencia a nuestro destino esencial en su crisis más radical y en su más alta problematicidad” (3).

Hay quienes se asustan, cierran los ojos ante esa realidad, quieren vivir su infeliz engaño existencial, seguir asíndose a la tabla que va pudriéndose. El cerrar los ojos no nos defiende de nuestro destino, ni calma la sed sorda de protección y plenitud.

Cristo, única salvación del hombre

El ser-indigente del hombre es una realidad querida por Dios, prevista y permitida en su plan actual sobre el hombre. Pero no como realidad definitiva. Es el punto de partida. Quiere comunicar al hombre la “salvación”: salud, plenitud personal, inmensa riqueza de la vida íntima de Dios ofrecida en una amistad misteriosa, que se realiza en la encarnación de su Hijo.

Cristo es el Dios encarnado en la pobreza humana para que identificándose con ella, le comunique su riqueza eterna.

Para redimir la pobreza humana, Cristo tuvo que “anonadarse”, despo-

searse de todo, hacerse pobre, tomar la figura de siervo, sufrir la indigencia suprema de la muerte, y ahí, en la muerte, en “el panorama oscuro de la nada en donde se halla perdido, en la negra soledad del abandono de Dios... se ha hecho alguien completamente pobre” (4).

Cristo llevó hasta las últimas consecuencias la encarnación; en su embajada de amistad salvadora tuvo que incrustarse en el corazón indigente de la humanidad, apropiarse su destino.

El hombre tiene ya un camino. Amaneció la esperanza sobre la tierra en tinieblas. En medio de nosotros “plantó su tienda” un corazón viviente, que ofrece la amistad enriquecedora. Y en esa amistad plenamente humana —nos la ofrece un hombre pobre como nosotros— se halla sembrado el germen de nuestra plenitud y riqueza personal, nuestra seguridad, la afirmación plena de nuestro yo: germen de la misma vida íntima de Dios, que se nos comunica como savia al unirnos con Cristo.

Cristo es la riqueza existencial del hombre, en la amistad y unión mística con él: “Quien tenga sed, venga a mí, y beba. Quien cree en mí, como dice la Escritura, manarán de sus entrañas ríos de agua viva” (Ju. 7,37-38), “Venid a mí todos cuantos estáis agobiados y fatigados, y yo os aliviaré” (Mt. 11,28).

Cristo es también plenitud para el hombre a través de toda la creación —todo fue hecho por él, es el centro, la corona, el culmen—. La humanidad entera y todo el cosmos forman en Cris-

(3) METZ, I. c. 153.

(4) METZ, I. c. 147.

to una unidad. La riqueza de Cristo nos llega también a través de los hombres y de las cosas. Lo expresa sencillamente un proverbio jasidista: "Dios habla al hombre a través de los hombres y las cosas que le envía". Y esa palabra de Dios es salvífica, enriquece al hombre, palabra de vida eterna.

La pobreza,

actitud religioso-social necesaria

La pobreza es una actitud *religiosa* necesaria, por ser la única salida a la luz salvífica de Dios, para el hombre perdido en las cavernas de su hambre e indigencia. Significa abrazarse a su auténtico destino de limitación e inseguridad y en él encontrar a Cristo, y en la unión con El recibir la plenitud de Dios. La pobreza no es "una virtud entre tantas, sino el necesario ingrediente de toda actitud auténticamente cristiana. No en vano encabeza el programa de las bienaventuranzas. Es el dintel de la auténtica hominización del hombre, y sólo en ella llega el hombre hasta Dios, y Dios verdaderamente hasta el hombre. Suspendida entre el cielo y la tierra, es el secreto lugar del encuentro entre Dios y el hombre, la cercanía del misterio infinito dentro del propio ser" (5).

Dios Padre nos va dando el pan cotidiano, pero exige la confianza en El del mañana. Quiere que vivamos siempre en una actitud sedienta, de ansia, no buscando la seguridad, el reposo, la afirmación de nuestra personalidad sino en El, Roca, Fuente, Luz Eterna. Siendo actitud de apertura, de sed de

Dios, es el comienzo del amor: nuestro corazón se entrega al ser que consideramos nuestra vida, nuestra ilusión, nuestra felicidad; "donde está tu tesoro allí estará también tu corazón". (Mt. 6,21).

La pobreza es también una actitud *social* necesaria. Es la sencillez de corazón para recibir, para aceptarlo todo de todos. En esa postura de aceptación del don de los demás y de todas las cosas que forman el cosmos creado por Dios, viendo en ello al Cristo total que se convierte en don, encontraremos el punto de arranque para un cariño humano, una entrega cordial a todos los hombres y a todo el universo.

No sólo forma el Cristo total la Iglesia, su Cuerpo místico, realidad sobrenatural ya en auténtica unión con El, sino todos los hombres destinados a esa incorporación con Cristo, y todas las cosas, criaturas de Dios. El destino de toda la humanidad y de todo el universo está en manos de Cristo: "Se me ha dado toda potestad en el cielo y sobre la tierra". (Mt. 28,18).

Con ese cariño, nacido en un encontrar en el Cristo total la propia plenitud personal, va desarrollándose un amor afectivo, un servicio sencillo y sincero, una entrega total, una disponibilidad. Y llega a su plenitud la amistad divina que Cristo nos ofrece, abrazando en ella a todos los hombres y a todas las cosas. Y de ahí se llega al pleno desarrollo de la personalidad del hombre, que en sí es indigencia infinita, pero que en Cristo recibe la riqueza personal infinita. El gran misterio paradójico del cristianismo: no tener nada para poseerlo todo, perder la vida para ganarla.

(5) METZ, 1. c. 148